



odavía cualquier viajero que se adentre por las recónditas aldeas de España se verá bien pronto, cual Tomás y Don Quijote, circuido de niños, quizá poco limpios y aseados, quizá desorbitados y pegajosos, pero divinos y angélicos para el observador perspicaz. En un pueblo nuestro de 1930, 1960 y hasta 1980... etc., el viajero asistido de niños puede estimarse, en verdad, un ser de ensueño, un espíritu capaz de trascendentes locuras, un Quijote en potencia. Y, singularmente, puede retrotaer el tiempo, sentirse como en un pueblo del quinientos o del seiscientos, ante unos niños de tal época, bajo una luz de esas centuras.

Es marcadamente significativo el hecho repetido de que a los regresos de don Quijote a su aldea salgan niños a recibirle. Porque parece, a nuestro juicio, que en esos niños populares simboliza Cervantes el laurel con el que corona la frente del caballero Alonso Quijano que contra todo arremete, no batalla jamás contra los niños, nunca disputa con ellos. Al contrario, ocasión surge en la que pelea por redimirlos, como aquella del tierno pastorcillo que sufría azotes de un bárbaro labrador. Pues los niños de Argamasilla de Alba, que no sabían de esta faceta del alma quijotesca, parece como si la conociesen por vía divina, dado el júbilo y alborozo con que adornan siempre el regreso del caballero.

Para éste, los niños de Argamasilla no guardan jamás burlas, de gritos ni pedradas, lo que al fin y al cabo no tendría nada de extraño. Si Cervantes registra en su novela alguna ironía infantil, ella es suave y va dirigida exclusivamente y de una manera cariñosa al rucio y "Rocinante". Recordemos, si no, cómo acaba la última salida del señor y criado: "Apeóse don Quijote y abrazólos estrechamente -dice el Príncipe de los Ingenios- y los muchachos que son linceos no excusados divisaron la coraza y acudieron a verle y decían unos a otros: venid, muchachos, y veréis el asno de Sancho Panza más galán que Mingo y la bestia de don Quijote más flaca hoy que el primer día. Finalmente, rodeados de muchachos y acompañados del cura y del bachiller, entraron en el pueblo. "A veces hay un niño que se conduele del estado enfermizo del hidalgo: "... Acudieron todos a ver lo que en el carro venía y cuando conocieron a su compatriota quedaron maravillados, y un muchacho acudió corriendo a dar las nuevas a su ama y su sobrina de que su tío y señor venía flaco y amarillo y tendido sobre un montón de heno y sobre un carro de bueyes".

Las leves pinceladas que retratan estas figuras de niños son ciertamente encantadoras. El "Quijote" gana con ellas en donaire, y no porque a la posteridad se hayan legado anónimas, indeterminadas, resultan menos sugestivas. Cuando tropezamos yendo por los pueblos de España con dos niños curiosos, inquisitivos, inquietos, pensaremos tal vez -transfigurándolos- que son los mismos que pusieron su sonrisa celeste en las viejas páginas cervantinas.

Con estos niños indeterminados, sin nombre, que ya no vestían balandrán, como los de la Edad Media, jugaron y corrieron otros concretados con precisión magnífica por la pluma de Cervantes. Ni que decir tiene que nos referimos a los hijos de Sancho Panza.